

NOTAS

PALABRAS DE LA AUTORA DEL *ROSTRO AMADO* EN LA PRESENTACION DE SU OBRA

Quisiera expresar, en primer lugar, mi gratitud a la Directora del Instituto Cultural del Banco del Estado por haberme acogido con tanta delicadeza, también a cada uno de ustedes por acompañarme en este momento; al Padre Decano de la Facultad de Teología. De modo especial agradezco al Profesor Pedro Morandé su gentileza de presentar la trilogía, ya que lo que adquirió cuerpo en estos tres volúmenes remonta el desafío singular que él mismo nos plantea hace años, durante un Seminario interdisciplinario, respecto de "la racionalidad propia de la Teología", arrinconada por las ciencias exactas al ámbito de lo a-racional. Interpelada por tal desafío y el rigor científico-filosófico, que propugna la misma Facultad de Teología, me embarqué en una búsqueda que sigue inconclusa, pero que me llevó a sospechar incluso hasta de que las ciencias exactas dudan si "los números" existen en realidad.

Los nuevos horizontes, abiertos desde aquel entonces, se consolidaron por los reiterados encuentros con el pensamiento vigoroso del Profesor Morandé, en su "dramaticidad" dentro del contexto cultural chileno, como también por los esfuerzos de la misma Facultad de Teología de comprender adecuadamente la relación Fe y Cultura; sin embargo, hubiesen seguido siendo etéreos sin la insistencia cuestionadora de Virginia. Ella, desde su perspectiva de artista, formada en la Universidad de Chile y unida a ésta por un fuerte lazo afectivo, me desafió en forma permanente. A contar de las turbulentas clases de "Teología para Laicos" —queda inolvidable la visita remecedora de Humberto Maturana a una de estas clases nocturnas—, junto con un grupo de amigos, Virginia hizo valer los interrogantes de personas "no creyentes", impulsando la relación "fe-cultura" hacia un "aterrizaje" vital y riesgoso. Para gran sorpresa mía, se fue gestando una curiosa sintonía, absolutamente polifónica, entre su manera de pensar y la mía, pese a la notable falta de ritmo y armonía en mis argumentos. De ahí mi gratitud muy particular a Virginia. También a Carlos Yarur y a muchos otros.

El camino iniciado de tal manera condujo —de modo connatural— a unas colaboraciones con la Universidad de Chile, sobre todo en un Seminario interdisciplinario sobre "Lo femenino a través de las culturas" en la Facultad de Filosofía y Humanidades. Este evento, por su índole cuestionadora y pese a su falta de resultados concretos, produjo el descubrimiento de la dimensión femenina en cuanto "receptividad básica" como parte constitutiva de una racionalidad criticada y, como tal, más adecuada para la intelección de la verdad que la razón

moderna, por esencia masculina, en su proceder "imponente". Han sido tal vez "estos interrogantes eternos por el ser", replanteados con ayuda de los inapreciables aportes de Hans Urs von Balthasar, los que han llamado la atención al Dr. Coppola, destacado escritor, poeta y profesor de la Universidad "Arcis", cuando me sugirió que mis trabajos corregidos estilística y redaccionalmente por él fuesen publicados en un libro. Quedé hondamente impresionada al escuchar decir a una persona que no comparte nuestro credo católico, ni siquiera la fe en Dios, "yo entiendo", frente a un contenido, que de parte de mis alumnos y colegas más de una vez despertó aquella queja cariñosa: "nadie entiende nada". Ello motiva mi agradecimiento al Dr. Coppola por su labor realizada y por el apoyo, como asimismo a don Jaime Moreno.

La búsqueda de una "racionalidad propia" de la Teología había avanzado ya por tales derroteros, no tan comunes, cuando una prolongada asesoría de los proyectos de investigación "Fe y Cultura", del Instituto de Letras de la Pontificia Universidad Católica, me permitió entrar en otro mundo, ajeno, y a la vez cercano, a la Teología: el mundo fascinante de la poesía chilena reciente. Descubrí, junto a un grupo de profesores dirigidos por don Ernesto Livacic y animado por la presencia cálida de Saide Cortez, amiga en las aspiraciones profundas, las inquietudes religiosas, su fe y compromiso en poetas tanto creyentes como no creyentes. Descubrimientos complementados por un intercambio de las preguntas vitales provenientes de la estética, del teatro y de otras ciencias humanas en los seminarios interdisciplinarios subsiguientes. Por todo lo cual no cabe duda de que la iluminación teológica, en medio de la conflictividad actual de la cultura, se me ha hecho más urgente que nunca, a partir de la pregunta común por el ser humano. Gracias especiales a Saide y a don Ernesto.

Tal urgencia, unida a la insospechada posibilidad de que exista una logicidad distinta pero igualmente "racional", no quedó sin efectos sobre mi labor teológica cotidiana. Al contrario, llevé consigo una inversión curiosa: en lugar de buscar acceso a la cultura "desde el hombre", noté que la cultura había entrado en mi quehacer teológico. De hecho, puedo distinguir mejor por doquier unos atisbos que quedarían sin respuesta si no se los proyectara hacia un punto de identidad, que desde la infinitud ilumina aquella misteriosa estructura relacional de polaridad, en todo cuanto existe, pero que no puede tener otra explicación, salvo aquélla "a modo de la misma Trinidad".

Desde la compenetración trinitaria "de uno en el otro", cercana y vital como en todo amor humano, la pregunta por el hombre recibe una respuesta, que connaturalmente se configura para un rostro.

Este se revela y oculta a la vez, pero nunca deja de ser "vestigio referencial" de un misterio originario insondable, el del Hijo del Padre, el Único Amado, Ef 1, 6. Tal perspectiva "desde Dios" –de la "Antropología Teológica"– produce en no pocas personas un escepticismo lleno de sospechas de ingenuidad hasta una resistencia beligerante. Pero nunca me han faltado aquellos alumnos –pienso que son los más despiertos– que se entusiasman, especialmente a nivel de Postgrado y entre los sacerdotes jóvenes. ¿Será que presienten la novedad del futuro?

La decisión definitiva de acceder a la sugerencia del Dr. Coppola de publicar mis estudios parciales, en parte ya dados entonces a conocer como artículos de divulgación en una obra de conjunto, que desde un primer volumen pronto desbordara hacia un segundo y tercero para adquirir su índole de trilogía recién al final de todo un esfuerzo, y un tanto "a pesar de..." la considero una de las decisiones más importantes de mi trabajo académico. Me hizo correr no sólo riesgos totalmente desconocidos, sino también encontrar mis propias raíces, este espíritu común a nosotras, las "Siervas del Espíritu Santo", que nos hace optar con preferencia por aquellas personas que "aún no pertenecen al Cuerpo de Cristo", según la inspiración

primigenia de nuestro Fundador Arnoldo Janssen y las Fundadoras María y Josefa. Esta inspiración nos urge hacia aquella verdad, que enseña G.S. 22: "...La vocación suprema del hombre en realidad es una sola, es decir, la divina. En consecuencia, debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma sólo de Dios conocida, se asocien al misterio pascual". ¡Mil gracias a mis hermanas por todo!

Quisiera finalizar con una comparación de Gregorio de Nisa, que se encuentra en su *Comentario al Cantar de los Cantares*: "Supongamos que uno está junto al manantial de donde dice la Escritura que salía tanta agua como para regar el mundo entero con sus ríos. Al contemplar la corriente, diría que ha visto el agua del mundo. Pero, ¿cómo puede ser verdad si no ha visto los océanos? Ciertamente que está junto al manantial, es decir, en el inicio de la contemplación donde el agua siempre mana y corre. Así, el que mira aquella divina e invisible hermosura, aunque ya la hubiera hallado, la encuentra cada vez más nueva y admirable, pues cada vez la halla más divina y magnífica". ¡Gracias!

Anneliese Meis